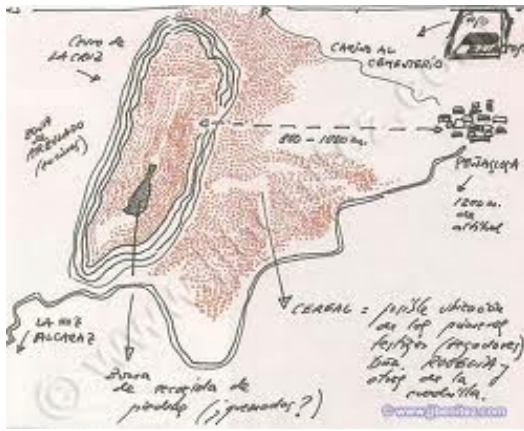


NO SON CERROS, SON SEÑALES

Aunque los aragoneses de cincuenta años para abajo no podrán creerlo, hasta muy avanzados los años ochenta del siglo pasado apenas había letreros o carteles indicando al menos los monumentos más importantes y, por otra parte, muy pocos indicando direcciones. ¿Cómo podía un panadero de Sicilia llegar a Santiago, o a Salas de Huesca, cuando desde el siglo XI ese extemporáneo loby que fueron los benedictinos pusieron de moda peregrinar? Hubo guías escritas, claro, pero cuando las tienes en la mano, Aragón no existe en ellas; y, por otra parte, hablan de ir a Santiago, pero sabemos que más del 38% de los peregrinos no fueron allí. Sin guías escritas, sin letreros, sin mapas hasta muy avanzado el siglo XVI, sin GPS ni Internet, cómo se las arregló el carnicero de Alcañiz que quería viajar a Oviedo y a Asís en el siglo XV? Es el momento en el que entran en acción los guías, de turismo diríamos hoy, una profesión bastante antigua como se ve. Aunque no abundan noticias sobre ellos, conocemos algunos, como aquel navarro que confesaba que había ido veintiocho veces a Santiago en el siglo XVII.

Dados los muchos peligros que hasta muy entrado el siglo XVII acechaban a quienes viajaban por los únicos caminos existentes, los de herradura, fueran peregrinos o no, los recorridos –en contra de lo que se ha escrito– se hacían en grupo y por rutas establecidas como hemos podido demostrar. Letrados, frailes, comerciantes, simples viajeros, peregrinos, verdugos y un largo etcétera se concentraban en una población y esperaban la llegada del grupo de guardas armados por algunos municipios o ya tardíamente a la Guarda del Reino, sobre todo en épocas de feria. Los guías –profesionales o contratados esporádicamente– se sumaban también al grupo.



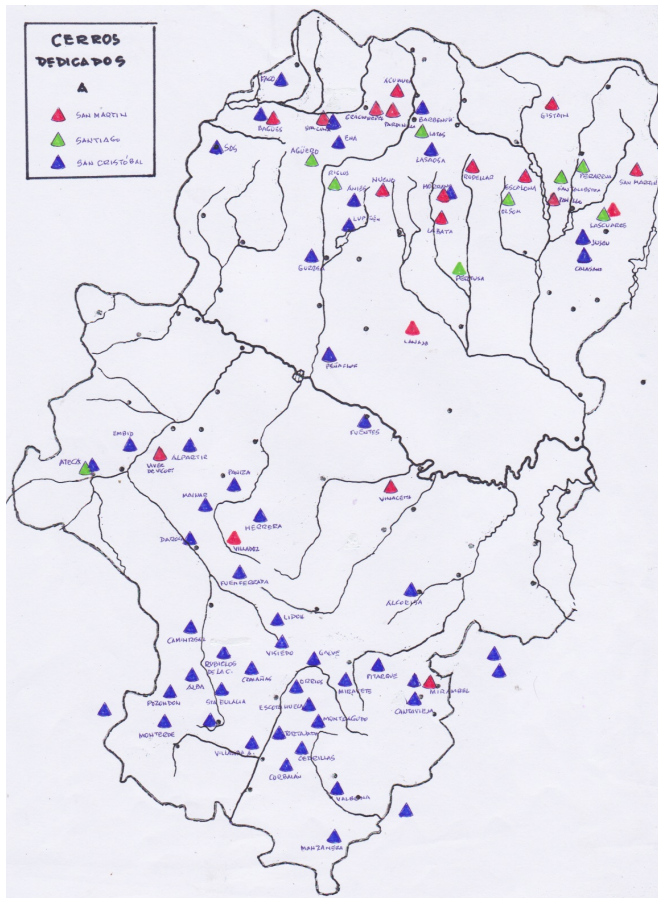


Sin duda alguna, estos guías ‘profesionales’ fueron haciendo acopio gráfico de las edificaciones grandes o pequeñas que jalaban cada etapa (monasterios, iglesias, molinos, ermitas, neveras, molinos, aljibes y pozos, cruces...), pero también de aspectos relevantes del paisaje (rocas, ríos, lagunas, bosques, pedrizas o tremedales, desfiladeros, vados, pasos de barca, puertos de montaña...). Aunque tal vez no dibujados deberían tener información de lugares con corporales, tumbas de santos, reliquias y relicarios, hospitales, hermandades, indulgencias, limosnas... Como no había ordenadores para guardar esa información incrementada en cada viaje, los guías dibujaron sin duda simples bosquejos o bocetos que guardaban como un tesoro.

Entre todas esas ayudas visuales destacan las que hoy vamos a ver. Se trata de unos cerros que se perfilan nítidos en el horizonte desde muchos kilómetros a la redonda. Los aragoneses los hemos llamado ‘poyos’ o mejor ‘pueyos’ y existen por doquier, llegando incluso a cristalizar como apellido. Se ven desde muy lejos y desde ellos se ve muy lejos también. El Pueyo de Barbastro es ejemplo destacado.

La cosa no pasaría de mera anécdota si no fuera por el hecho de que ¡oh, sorpresa!, cuando lo descubrimos estudiando los caminos de peregrinos— nada menos que setenta y seis de esos montículos se llamaban y se llaman oficialmente de San Martín, Santiago o San Cristóbal y suelen estar coronados por ermitas con alguna de esas advocaciones. Por eso entran en esta selección de lecturas de cosas y hechos curiosos e incluso anormales.





Tras mucha búsqueda en fuentes diversas, saltó la sorpresa. Cuando lo normal es encontrar un solo pico llamado Collarada, un único Moncayo o una sola sierra de Alcubierre nos encontramos nada menos que con nueve cerros denominados Santiago, diecinueve San Martín y cuarenta y ocho San Cristóbal. Lo de menos era entonces la distribución de los setenta y seis montículos respecto al Ebro –37 en la izquierda y 39 en la derecha– dato que tiene su lectura, ni el hecho de que la margen izquierda concentre el 80% de los cerros denominados San Martín y la derecha, el 70% de los conocidos como San Cristóbal, que también tiene su interpretación. Lo importante ahora es que tenemos 48 montículos conocidos oficialmente como San Cristóbal, muchos de ellos con una ermita dedicada a un santo que la Iglesia de Occidente, la romana, no reconoce en su santoral.

¿Por qué esta anomalía tan enorme? Para estudiar las peregrinaciones en Aragón y descubrir los caminos que recorrían los romeros hubo que estudiar detenidamente los apoyos materiales y los atractivos espirituales que podían encontrar, pero también hubo a su manera propaganda y, entre otras maneras de hacerla, era decirles que si caminaban por los lugares en los que los tres santos tenían presencia (iglesias, ermitas, portadas, esculturas, pinturas, retablos, calles, fiestas) iban por el buen camino. Por eso se inventaron los cerros que nos ocupan.

Para los guías, que llevaban sus siluetas dibujadas en sus bocetos de viaje, eran señales inequívocas de que llevaban la dirección correcta, les daba seguridad. Hoy parecen anodinos tozales que ni siquiera vemos, pero vamos a ascender a uno de ellos como homenaje-recordatorio de lo que significaron antaño.

Vamos, pues, a ascender a uno de esos cuarenta y ocho cerros. La elección del cerro, otero o pueyo no es fácil pues todos son lugares estupendos para hacer una excursión con vistas espectaculares. A la hora de decidirse deberían cumplirse al menos algunas de estas condiciones: la posibilidad de ascender andando, pero también en vehículo rodado; que exista una ermita de San Cristóbal a la que se pueda entrar; que cerca haya alguna localidad con rico patrimonio para aprovechar el viaje y, si está ubicada en una comarca atractiva, mejor; que el paisaje predominante aporte un plus de singularidad. Es posible que haya más, pero Calaceite las reúne todas y hacia allí nos vamos.

Calaceite ocupa un destacadísimo lugar, hacia el vigesimoquinto, en el elenco de los pueblos aragoneses tanto por su numeroso patrimonio como por la calidad del mismo, convirtiéndose en uno de los cascos urbanos antiguos más bonitos de Aragón y de España. Conviene deambular por sus calles con parsimonia, degustando cada rincón, cada casa antigua; la plaza, la iglesia, el ayuntamiento; cada puerta-capilla más los portales y soportales, la cruz de término, la cárcel y un largo etcétera, incluido un interesante museo. Pero antes de este relajante paseo es obligado ascender a dos de los tres cerros que dan sombra a tan bello conjunto.

Dejando aparte el cerro del Castillo, que solo conserva sus ruinas, quizás comenzaría por ascender al cerro de San Antonio para deambular por las calles del poblado ibérico aquí asentado que tuvo su momento estelar en el siglo III a.C, ver la planta de sus casas, el aljibe de atesorar agua para vivir... Tras su visita, al lado mismo, se encuentra el tercer cerro, el de San Cristóbal, la meta de nuestro viaje. No solo llegaremos y entraremos a la ermita barroca del titular del otero sino que de paso podemos ver otros dos poblados iberos y algo tan típico de las tierras turolenses, el Calvario y las estaciones del Viacrucis. Pero recordemos también que hemos ascendido a un faro, a una señal de tráfico.



Si el guía que acompañaba a nuestro tatarabuelo en un viaje realizado hace trescientos años no hubiera salvado al grupo de la tormenta infectada de rayos que les envolvía, yo no estaría aquí. Pero con el fulgor del relámpago identificó el guía el cerro de San Cristóbal y condujo a los desvalidos hasta allí. Estaban salvados y yo pude venir al mundo. Hoy puedo dar las gracias al guía, al tatarabuelo, al otero y al santo, y además ante un paisaje idílico, de horizontes muy alejados, plagado de olivos. Ahora me entero de que me hallo en lo que fuera antaño una auténtica señal de tráfico. Lo que es la vida...



Es la hora de alimentarse antes de callejear por el pueblo. Como no es el día de San Cristóbal y no podemos participar de la tradicional “sardinetada” ante su imagen situada en la portada de la ermita, le diremos adiós y descenderemos a una fonda a comer al menos alubias con arenque, plato típico de la localidad, guisado sin duda con aceite del mar de olivos que acabamos de ver.